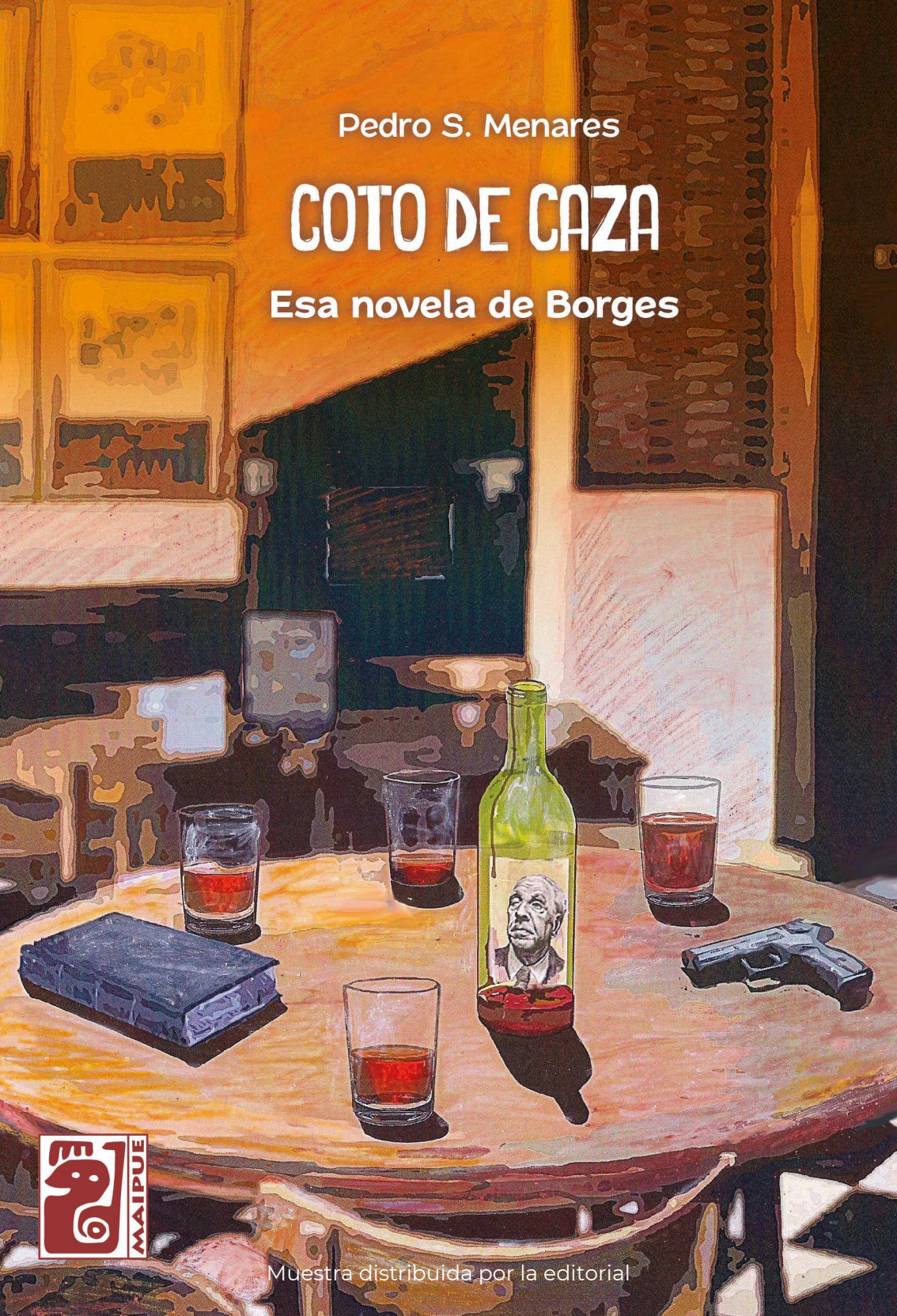


Pedro S. Menares

COTO DE CAZA

Esa novela de Borges



Muestra distribuida por la editorial

ÍNDICE

Capítulo primero	7
I	9
II	13
III	17
IV	19
V	24
VI	27
VII	32
VIII	37
 Capítulo segundo	 41
I	43
II	48
III	54
IV	56
V	59
VI	60
VII	63
VIII	66
IX	71
X	73
XI	77
XII	81
XIII	84
 Capítulo tercero	 93
I	95
II	103
III	106
IV	108
V	110
VI	111
VII	112
VIII	115

Capítulo cuarto	117
¿A dónde ir?	119
Concilio de los Dioses	119
Tordos y cascarudos.....	123
Sirenas y centauros	126
Marcar el límite.....	127
Avatares por una tortuga.....	129
Brigada Madelaine.....	132
Historia artificial de una tortuga.....	134
Proa al sur	135
Un muerto que vive.....	137
Refrescando chauchas o conversación de los citronautas con Eumeo.....	140
Fin de siècle.....	142
Evocation o fin de siècle II	143
Kou	144
Ir al encuentro	144
Coloquio de una tortuga y una oruga.....	147
En la bailanta I.....	149
En busca de Circe	149
En la bailanta II.....	151
Mutaciones.....	151
En la bailanta III	152
El primer círculo. “Lasciate ogni speranza voi chi entrate”	152
En la bailanta IV	154
El segundo círculo. Mira cómo entras y de quién te fías: no te alucine lo anchuroso de la entrada	154
En la bailanta V.....	155
La fuerza domesticadora de lo pequeño.....	155
En la bailanta VI	156
El tercer círculo. Encuentro con Circe	156
En la bailanta VII.....	161
Ta Ch’u. La fuerza domesticadora de lo grande	161
La verdad interior.....	164
Chung Fu o ¡huácala!.....	164
Es cuestión de fe o excursio religioso	168
En la biblioteca I	171
Ming I. El oscurecimiento de la luz.....	171
En la biblioteca II.....	176
Kuei Ts’ang. El hospedaje de lo oculto	176
“En medio de los demás uno retorna solo”	180

Levanta los ojos y recorre las paredes desnudas; trata de recordar, en forma pausada, los acontecimientos. Después de la dispersión solo quedan ciertas imágenes que resisten convertirse en tinta, nítidas en la pequeñez de los detalles, en las precisiones y circunstancias, ¿cómo sujetarlas a su voluntad?, ¿cómo volverlas texto fuera de su memoria? Se busca en la mesa del bar y en las palabras, entre las brumas del comienzo y los grises del final. Hurga en los primeros diálogos y siempre tropieza con la insípida interrogación:

—¿Y?

—Y, habrá que ponerse a escribir.

—¿Escribir una novela?

—¿Quién va a escribir una novela?

—Nosotros, no.

—¿Por qué? ¿Hay tiempo?

—No. No hay tiempo, no hay ganas, no hay estilo, no hay profesión.

—¿Cuánto tiempo hay?

—Uff... menos de dos meses.

—¿Dos meses, para qué...?

Claudio piensa que la cosa no termina de estar clara, pero sabe que lo mejor es escuchar, ver cómo van cayendo las monedas. Quiere hacer aclaraciones, pero decide callarse. Había dejado el

agrisado recorte sobre la mesa. El Negro lo tiene entre su mano, lo lee despacio, pensativo. Levanta la vista y mira a Claudio, como midiéndolo. Jose alcanza la tercera botella y la descorcha con sabiduría. Pablo pide el té de siempre.

—Yo solo comenté lo del concurso, Negrito. Lo que realmente interesa es el premio. ¿Quieren que lo repita? Dos-pa-li-tos-ver-des. Escribir, puede ser, pero no tenemos tiempo, tal vez alcance para un cuento. Si te parece, empezá a escribir, pero para otra cosa, ¿qué se yo?, no para este premio, ¿a vos qué te parece, Pablo?

—¿Escribir qué? Es una boludez. Una pérdida de tiempo. Una paja.

Ni la contundencia del argumento, ni el previsible gesto de Pablo lograron conmover al Negro Olmedo, quien, con el vaivén de su cabeza niega desde su tozudez mientras la botella, Omphalos, preside un centro para el tetragono insinuado por los cuatro vasos.

—¿Quién va a escribir una novela? ¿Para qué? —Nica no entiende.

El néctar de los vasos ha creado la calma sobre todas las cumbres. En los infrecuentes silencios del bar y rotisería Santa Anita, densos y pertinaces vahos amoniacaes impulsan la palabra:

—Viste que a Ruggeri lo iban a sacar en el segundo tiempo. Se escucha la voz de Rafa.

No son muchos los que habitan la Santa Anita. La Señora, siempre en el ángulo noreste, contra el vidrio, escruta el destino en tres monedas que arroja a la mesa con ritual concentración. Juvenal, apéndice del mostrador. Rafa, maestro de una logia de camisas celestes, jeans gastados y corbatas azules, siempre mal anudadas. Jose —que en su corta vida fuera contrabandista en Uruguayana, pirquero en el Famatina, centroforward en Zárate y camionero en Tierra del Fuego— es quien hoy regentea con centenaria parsimonia este bar, herencia del tío Francisco. Por último, Claudio, Nica, Pablo y el Negro, elegidos y errantes, diáspora de otros bares y de otros tiempos.

—Hay que escribir, no hay otra.

El Negro vuelve una y otra vez a la novela, con la fe de causas pasadas. Sabe —ahora lo sabe mejor que antes— que sus amigos no lo entienden, que tal vez nunca lo entendieron. Claudio duda en qué orilla hacer pie. Pablo sigue convencido que lo mejor es reventar un banco. Nica teje su pensamiento en la trama desconsolada del que estrena una soledad. El discurso del Negro es melancólico, casi setentista, al menos ahora lo recuerda así, percutido, amarillento.

—No te entiendo, Negro —arguye Pablo—, desde cuándo nosotros somos escritores. Si el tema es la guita, la cosa es simple: averiguamos dónde la van a poner y listo. Escribir es para los que necesitan justificarse.

Juvenal, mirando desde el espejo, como si lo hiciera por sobre unos anteojos que no lleva, recuerda... justificarse, siempre le tenía que explicar a Marita el porqué de una que otra llegada tan sinuosa como amanecida. Acuerda con Pablo, no hay que justificarse.

—Escribir no es dar explicaciones. Hablo de recuperar nuestras palabras. ¿Ustedes no se dieron cuenta? Venimos de una generación que está a punto de quedarse fuera de la historia. No nos animamos a contarla, como si estuviéramos sin voz. Creo que esto de la novela es una buena oportunidad...

Nicanor demuestra su incomodidad con las yemas repiqueteantes de su mano izquierda. Claudio asiente en silencio, hasta recrea un gesto de fingida admiración. Busca que el Negro acelere su razonamiento, de animarlo sin ser advertido. Mientras Olmedo discurre, la Santa Anita se aquieta en una fotografía repetida.

—La literatura puede ser un motor de la historia... Pensá en Gorky, en Discépolo, en Voltaire. Lo mismo pasa con las ideas; y las ideas, Pablito, están en los libros. Perón hizo lo que predicó Forja, Robespierre lo anunciado por los iluministas, siempre el cambio en los conceptos, en la manera de ver el mundo anticipó a los cambios en los hechos. Para poder avanzar, hay que saber hacia dónde. Si no, te ponés a dar vueltas o retrocedés. Stalin con el primado de los hechos hizo mierda la revolución, la cristalizó.

—A la revolución no la hizo Marx con sus libros, sino Trotsky con el Ejército Rojo... ¿Los iluministas?, un carajo, el que armó el

despelote fue Robespierre y la guillotina, y después Napoleón y su ejército.

Claudio, como Alejandro, va a cortar el nudo gordiano. La Historia se prepara para registrar sus palabras.

—Jose, ¿cuánto es?

Los cuatro se levantan. Pablo se acerca al mostrador y paga. En una posible coreografía, lanzan al aire una serie de saludos aparentemente respondidos.

—Adiós, querido. —Juve responde en singular.

El grupo se rearma en la esquina, al pie de un semáforo que, a esta hora de la noche, envía sus mensajes de avance, cautela y detención a la nada de las calles desiertas. Semáforos ignorados; silenciosos Bautistas de barrio. La Santa Anita vuelve a ser el adormecido feudo de los colectiveros. Jose emprende su nocturna batalla. Baja la persiana, limpia el mostrador, arranca el vaso a Juve, levanta las sillas de las mesas vacías, mira fijamente al Rafa, bosteza ruidosamente. Fatalmente, vencerá. Los colectiveros se retirarán en celeste séquito tras del Gran Maestre.

Jose se dispara por Arias como quien se fuga. Al pasar por la esquina, ve otra vez a los cuatro reunidos.

—Chau, muchachos. —Mientras saluda trata de recordar si logró echar a Juvenal.

Pablo y Nica suben al Dodge, el Negro al Citroën. Claudio, resignado a la única compañía de su libro, camina hacia la estación del tren. Heroicamente mudo, el semáforo sigue arrojando su prédica en el desierto de Arias y Casares.